



ROTUNDO

:: Grandes Temas de la Literatura ::



Natalia Acosta

 **dichosa**
editorial

Acosta, Mónica Natalia

Rotundo / Mónica Natalia Acosta. - 1a ed revisada. - San Miguel de Tucumán :
Dichosa Editorial, 2014.

45 p. ; 11 x 11 cm.

ISBN 978-987-29550-2-1

1. Fábulas. 2. Existencialismo. 3. Narrativa Erótica. I. Título.
CDD A863

Rotundo. Narrativa.

1º edición, 2011

Acosta, Mónica Natalia.

Arte y Diseño de Tapa: Damián Mirolí

ISBN 978-987-29550-2-1

Fecha de publicación: Diciembre de 2011

Producido e Impreso por Dichosa Editorial
San Miguel de Tucumán. Tucumán.
Argentina

www.dichosaeditorial.blogspot.com
dichosa@gmail.com

ROTUNDO

Natalia Acosta

Retornaba después de años a la casa de veraneo de la infancia, mientras iniciaba estas notas que ahora publico. Mi intención era contar sobre el abandono y el paso del tiempo. Pero apareció algo más.

Llegar

El día en que descubrí a Rotundo había llegado temprano por la mañana a Las Rosas. Ese lugar en el que está edificada la casa que fue durante muchos años el lugar de veraneo familiar. Un caserón de madera, con el techo a dos aguas pintado de azul eléctrico y con habitaciones pequeñas, incrustadas en el medio de amplias galerías y balcones.

En el camino pedregoso que sube en ondulaciones hacia la casa, se me unieron una perra enana, de largas ubres y ojos saltones, y un gato gris, que por algún problema en la cadera caminaba bailando.

Los saludé usando sonidos que no tienen ningún sentido. De sus respectivos hocicos colgaban las lenguas increíblemente largas. No importaba lo que yo dijera, las bestias se contorneaban a mi lado.

La casa tiene una entrada con portón a candado, cuya llave está incluida en un enorme llavero de veinte ejemplares similares (hay muchas puertas en la casa), que hace años nadie usa.

Con el típico mareo que me acompaña siempre que subo a los cerros, esa mañana busqué la llave correcta largo rato, sin éxito.

- Sucede siempre aquí ese tipo de mareos.

Di un salto. No había escuchado llegar a don Boabse.

- La llave es la que tiene la marca roja- agregó.

Don Boabse estaba detrás mío. Cara estriada, cuerpo enjuto. Camisa manchada y manos negras, secas. Tendría ya sus sesenta años tupidos.

Perra y gato se agitaron excitados alrededor de sus piernas. Uno de ellos soltó hilos de baba lechosa que cayeron en sus zapatillas. El hombre, que no levantaba la vista del suelo, los apartó con un gesto de su mano, que resultaría familiar a los animales. Se alejaron inmediatamente. El gato se fue a echar sobre un almohadón sucio y roto que yacía en el sillón de mimbre de la entrada a la casa. El perro simplemente salió disparado y no regresó.

- Don Boabse. No lo vi venir.

Mi padre había construido esa casa en la plenitud de su vigor, cuando la testosterona lo hacía practicar la carpintería, la construcción y la brutalidad física.

Mi madre, dama urbana y coordinadora de reuniones sociales, siempre odió el silencio, las montañas, las luces bajas y tanta presencia de alimaña disimulada en las noches, en la casa de Las Rosas.

Si había que inclinarse por un lugar para veranear, mis hermanas y yo, preferíamos el mar, hacer nada de nada en la arena, levitando en la siesta, contemplando las olas ir y venir, las olas como animales a la intemperie. El mar era precisamente lo opuesto a Las Rosas.

Hace años que don Boabse se ocupa del jardín de esta casa. Riega las plantas frutales y corta el césped, barre las galerías exteriores.

Una vez al mes, lo vemos aparecer por la ciudad, para cobrar. Toca el timbre de la casa de mi madre y espera en silencio que alguien le alcance el sobre con su paga mensual.

Yo no recordaba su voz, el sonido ahogado saliendo de su cavidad bucal, como un secreto.

- A la marca roja en la llave se la he hecho yo, hace diez años, cuando vivía su padre.

Me acordé, vagamente, de los veranos en Las Rosas, lejos de la playa, sumergido hasta la asfixia entre caballos y panes caseros. Recordé que don Boabse me había enseñado a andar a caballo. Su olor me volvió a la memoria como un reflujo olfativo. Palpé mi celular, un poco para exorcizar el malestar.

- Cualquier problema que tenga, ya sabe, vivo a dos casas. Acá solamente estamos yo...y los animales.

Nunca había visto a don Boabse mover los labios. No me acordaba de su voz. Creo no haber escuchado *jamás* hablar a don Boabse. En mi infancia, lo veía de lejos con el rastrillo, caminando sin pasión por la bajada de la loma de la casa de Las Rosas, como un muerto vivo, con la mirada sin horizonte.

Porque me ayudó mil veces a subir al caballo, enlazando con sus manos ásperas mi mano a la rienda, recuerdo su dureza. Su olor canino.

Entré, por fin. Había pasado un siglo desde que no visitaba ese lugar.

Don Boabse había mencionado “animales” y yo no había imaginado siquiera otra fauna que no sea la del perro, el gato, los caballos y las gallinas. Pero no.

La casa estaba poblada por una cantidad de seres diminutos, de color de las tierras, que mi escaso conocimiento de la zoología de la región de la yunga no había nominado aún. Telas de arañas con sus arañas delgadas oscilaban en las vigas de madera del techo, en las esquinas, entre el vidrio y las persianas de las ventanas. Panales. Arañas más grandes aparecían en pares. Todo estaba habitado por sociedades de animales.

Pensé en lo necesario y en lo innecesario. Sin duda, mi presencia en ese lugar era, para los fines de cierta parte del mundo vivo, totalmente innecesaria.

Miré las paredes de madera y las puertas, donde formas, texturas y colores circulaban. Otras aureolas, las que crecen en las sombras y la humedad. Aberturas de vida naciendo de lo muerto.

- Por dejar a la deriva las cosas, he cometido una cantidad de vida insoportable- pensé.

Esporas y aureolas eran un decorado en ese lugar que yo ya no reconocía, porque estaba tomado por otros seres.

- Esta es la estrategia de la existencia continuada- me dije.

Y yo, que había estado pensando en la muerte de mi padre, en la de mi gata, en mis tumores. Nunca nunca pensando en la insistencia de lo vivo.

Esta casa de una niñez lejana, esta casa desbordada, es el hogar de Rotundo.

Entre los pliegues de las telas de arañas que titilan y llenan el vacío.

Soltando el flujo del miedo para el tejido de las pesadillas, donde lo que tememos no tiene rostro aún, pero habita.

En el afán de abrir ventanas y ventilar así la casa, descubrí a Rotundo en la esquina de la ventana de la habitación que estaba en el primer piso, justo arriba de la mía.

Bajé corriendo a buscar un objeto para espantarlo, pero al volver a la pieza, ya no estaba.

Comenzó mi estado de alerta, mi fijación con las habitaciones abandonadas. En todas ellas había crecido alguna fauna. En todas circulaba la destrucción viviente.

Dormí poco esa noche. Escuché pasos, por los techos, escuché también jadeos humanos. Estaba sugestionado.

La primera impresión que me llevé de Rotundo quedó profundamente tatuada en mis pupilas y se hizo presente en mis sueños en las noches sucesivas. Su rostro era el de esos hombrecillos de ojitos negros, tez arrugada orejas puntiagudas y dientes triangulares. Su tamaño era, según la medida de mi miedo, como el de una gallina vista por las noches. Pero no estoy seguro.

Busqué información en Internet, con el hilito de red que a veces tenía en Las Rosas. Necesitaba un nombre y saber qué comía. Palabras claves: animales, colmillos, yungas. Conseguí fotos no muy nítidas, y un nombre técnico, que me hizo poder nombrarlo: *Desmodus rotundus*. Decidí llamarlo Rotundo.

En ese primer regreso, después de años de evasión, porque la casa me recordaba a mi padre, me quedé sólo una noche.

De todos modos, no soporté la ciudad. Y volví.

Mis escasas obligaciones en la ciudad me fueron llevando a volver una y otra vez, con distintas estrategias para sacar a Rotundo de la casa de Las Rosas. Pero a causa de mi cobardía no lograba ejecutar ninguna de ellas.

Ya era difícil para mí creer en esa retahíla del amor a la vida. Qué amaba yo en realidad.

Como Rotundo, hay formas de vida que tienen dientes. Hígado, riñón, sangre y saliva. Encontraba seres tan similares a mí mismo, que resultaban una amenaza. Prefería no mirarlos.

Por mi parte, ya no podía dormir por las noches, ni en Las Rosas, ni en la ciudad. Rotundo ocupaba también mi cabeza.

La madera es hipersensible. No puedo dormir entre sus ruidos.

La madera de la casa de Las Rosas ha sido cómplice, porque ha servido de guarida a formas de vida que no tienen piedad frente a los indefensos hombres.

La madera es jodida. La de esa casa guardaba hormigas negras. Ellas barrían los hongos de la madera y dejaban montículos de aserrín en los laterales de mi casa.

De noche en la cama, entre paredes plagadas de hormigas, que barren su madera formando las montañas que luego conquistarán, sentía que *alguien* me observaba, que respiraba en mi nuca. Prefería no darme vuelta. Esa tibieza me gustaba. Mi cuerpo *hormigueaba*. Me masturbaba y me dormía en paz.

“Ocurren seguido, esos tipos de mareos”, nunca había escuchado hablar a don Boabse.

Entre vahos de veneno insecticida insistía en mi estancia en Las Rosas, fluctuando, tomando como propia una guerra por el espacio habitable de la casa que tantos años hubo de tener canalizado el vitalismo de mi padre.

En todo este tiempo, he estado midiendo sólo yo a Rotundo. Salvo la noche en que don Boabse entró a ayudarme.

Volver

Hacía ya dos meses que visitaba la casa los viernes, para volver a la ciudad los domingos. Me la pasaba solo todo el día. Llegaba, revisaba con celo los rincones. Echaba algo de veneno. Sopesaba de lejos a Rotundo, lo medía, lo dejaba estar, con el pulso tembloroso me alejaba. Encendía un cigarro y me sentaba a dibujar.

En la ciudad, nadie me esperaba con demasiada urgencia. Mi madre estaba rodeada de mis sobrinos y yo no lograba concretar una relación que durara más de un par de salidas. En la casa de Las Rosas yo tomaba mi vino, veía alguna película en la vieja videocassetera que aún funcionaba, me hacía mis pajas sin pudor.

Para ese entonces yo ya sabía que mis tumores eran malignos. El tratamiento era agotador y, por consejo del médico, me iba a tomar un descanso. Decidí entonces concentrar mis últimas energías en dibujar, presentarme en algún salón, organizar alguna muestra. Lo que había hecho durante toda mi juventud en mis ratos de ocio - el resto lo ocupaba trabajando como administrativo de un instituto- ahora, llegando a los cuarenta años, lo hacía casi a tiempo completo. Tenía una licencia extendida por enfermedad. A estas notas las escribí entre dibujoy dibujo.

La presencia de Rotundo subrayaba mi soledad y me arrojaba a un estanque sin fondo, de inquietud. Por eso, esa noche me había propuesto estar en compañía.

Soñé más de una vez que Rotundo entraba a mi cuarto herméticamente cerrado. Me rozaba con su lengua, me mordía la piel de la nuca, los tobillos, me hacía sentir dolor y placer. Amanecía con picaduras de mosquitos y me aturdía el insoportable canto agudo de los pájaros del jardín. Abría la ventana, y ya estaba don Boabse, regando los rosales.

A veces imaginaba que el aire tibio, que llegaba desde el sol atravesando la madera, le daba a Rotundo las caricias que nadie le daría jamás.

Ese viernes yo acababa de llegar. Era ya una presencia habitual cada tanto en Las Rosas.

Tuve ganas de huevos. Las gallinas de don Boabse ponen abundante cantidad de huevos, con yemas anaranjadas, pequeñas y luminosas, un fruto que deseo toda la semana.

Solicité a don Boabse que hiciera el favor de acercármelos a la casa, al anochecer. Me alegraba la idea de recibir una visita nocturna, en aquellas soledades.

Cuando llegó el hombre con los huevos, lo convencí para que entrara a mi casa, con la excusa de que necesitaba ayuda “con un animal”. Lo probé en su hombría, en su valor de conocedor, baqueano, rey del monte, dios oscuro de la fauna y de la flora montuna.

Pasó a la casa, le pedía que revisara las habitaciones. Caminando detrás de él, subiendo la escalera hacia los cuartos de arriba, sofocó mi olfato su olor perruno. Una mezcla de tabaco, vino y cucha de bestia.

Me penetró la sensación urgente de necesitar que se quedara. Concebí una idea infantil:

- Tal vez, ya que usted está solo, podríamos esperar a la madrugada, hora en que suele aparecer “el animal”, y me ayuda a matarlo.

Él no habló. No parecía estar de acuerdo con matar un animal. Pero tal vez comprendió mi urgencia.

Bajamos a la cocina.

Hablé yo. Le serví vino. Bebí con él, mientras preparaba los huevos en la sartén. Descorchamos vinos añejos, atesorados por mi padre al lado de la chimenea.

Unté pan en las yemas semi cocidas. Arrojé sal, ajo, orégano. Él no quiso.

Le conté de Rotundo. De cómo lo había descubierto en el piso de arriba, hacía dos meses, y a partir de entonces yo había estado viniendo a “rescatar” la casa. De lo difícil que había sido combatir a las hormigas negras, los panales de avispas y de San Jorge, las vaquitas de San Antonio y las arañas pollito. Pero con Rotundo -y quizá su innumerable prole- no había podido ni comenzar a terminar.

Recién entonces noté que la piel de don Boabse no era “negra”, como la había visto en mi niñez, sino con vetas marrones de distinta gradación, como el color de la carne asada. Y que sus ojos eran pequeños y tenían el brillo de los excesos de alcohol y de las noches.

- Le gusta el vino.

- La mano huesuda se servía sola, agarraba el vaso con decisión, se me adelantaba.

Don Boabse asentía a todo, salvo en una cosa.

-Para qué quiere matar al animal, dejeló ser, se nota que usted le gusta. No le hizo nada todavía.

Su olor montuno imperaba. Sentí un calor de pronto. No sé a qué atribuir el estado de turbación y excitación en que me encontraba- tal vez los vinos, tal vez las yemas, el olor a monte - pero en un raptó de delirante entusiasmo, le di una palmada en la espalda, le conté de mi enfermedad, lloré sobre su hombro.

Eran las 3 y ambos estábamos borrachos.

Estábamos borrachos y yo deliraba, porque era la primera vez desde hacía años que no pasaba una noche en tan cálida tertulia, a salvo de todo mal, nadando en vino picado. Picado el mundo. Todo en picada.

Acabar

Creo que fuí yo el que comenzó el forcejeo. O es lo que recuerdo. Lo agarré de la nuca a don Boabse y lo quise besar. Él reculó atrás de la silla y me agrarró el brazo, con mano firme y dura. Me acordé de la infancia, de su caballo, de su dureza. Forcejeando más, yo le conduje su mano hasta mi sexo erecto. Me empujó. Me dio una piñaycaí.

Desperté en la cama, boca abajo. No era un sueño. Don Boabse me zamarreaba. Don Boabse me estaba penetrando. Y su olor avinagrado, su pene de quebracho en mi ano, su resoplido de tabaco apagado. El calor. Yo lo recibía con poca resistencia. Don Boabse dijo algo acerca de las llaves. Sobre la marca roja. Sobre los animales, que yo era débil, que si quería más huevos me daría todos los que yo quisiera, balbuceaba esas cosas, me chorreaba en la espalda su baba o su sudor. Sentí sus encías casi desnudas en mi piel. No era mi primera vez en la cama con un hombre. Pero sentí que era mi primera vez en la cama con un animal. Me avergüenza decir que me desmayé.

Cuando volví en mí, no estaba el hombre. Los mosquitos me habían dejado ronchas; el canto de los pájaros, un leve ensordecimiento. Olía a cigarrillo húmedo.

Me quedé en cama todo el día, estaba debilitado, con resaca, sólo escuchaba los ruidos de las alimañas en la madera, los pasos por el techo, y los jadeos de humano. ¿Andaría por ahí Rotundo?

Por la noche, esperé que don Boabse golpeará las manos, desde afuera de la reja, por respeto nomás, porque a la llave la tiene. Lo esperé en mi cama, desnudo, boca abajo. Masturbándome. Dormí y soñé con el mar que rompe en la arena y es tragado por ella. Soñé que la corriente me llevaba y me ahogaba, y que luego me devolvía. No podía respirar.

Los chillidos de los pájaros me devolvieron una vez más al día. Me pesaba la espalda, las sábanas estaban mojadas, con restos de una baba amarronada que no sé si era la mía.

Nunca más volví a ver a don Boabse.

Escribo esto desde mi cama y subo a mi blog, con la poca red que logra captar el celular. Aquí estoy desde hace días, sólo me levanto a tomar agua o vino, un olor perruno me retiene entre las sábanas húmedas, y me hundo cada día un poco más.

No logré aún “rescatar” la casa. Creo que me equivoqué. Ella es un cadáver que me alimenta. Tengo la sensación de que ella me rescatará, aun contra mi voluntad.

ISBN 978-987-29550-2-1



9 789872 955021

